

# EL MITO HISTORICO DE LA CIUDAD BURGUESA

Bartolomé Clavero Salvador\*

Ante todo quiero agradecer al Centro de Estudios Urbanos esta oportunidad que nos brindan, a Vds. y a mí, de reflexionar sobre la historia de la ciudad o, mejor, dada la ocasión, sobre la teoría que la rige. La ocasión la ofrece el centenario de la muerte de Marx, por cuya misma conmemoración quiero también especialmente ocuparme de las ideas que sobre el particular han regido en el seno del marxismo. Confío en que las siguientes reflexiones no sólo resulten de provecho para mí, como ya lo han sido durante su elaboración, por lo que mi mismo agradecimiento ya ha podido anticiparse.

Quiero, como digo, tratar la cuestión de la idea de la ciudad en la historia de planeamiento marxista. Naturalmente, nos perderíamos, o yo al menos me perdería, si intentase abordarla en toda su extensión y envergadura; voy, pues, a centrarme desde un comienzo en algún momento más significativo del propio desenvolvimiento de la historiografía marxista, que pueda ya situarnos en su terreno. Vayamos, entonces, para contrastar también desde un comienzo posiciones, a una polémica entre marxistas en la que la cuestión no falte; vayamos a la polémica, no sé si la más interesante, tengo mis dudas, pero desde luego la más sonada o la más conocida en el ámbito del marxismo occidental, que diría Perry Anderson, respecto a nuestra materia histórica: el debate que provocó la publicación, tras la segunda guerra mundial, de los "Estudios sobre el desarrollo del capitalismo" de Maurice Dobb; un debate que todavía prácticamente no se ha extinguido y que resulta sobre todo divulgado y asequible, en cuanto a sus participantes marxistas que son los que aquí en principio nos interesan, por venirse recogiendo en volumen bajo el atrayente título de "La transición del feudalismo al capitalismo"; su última edición, la que cuida Rodney Hilton, quien también intervino en el debate, llega hasta el año 1975, lo que también puede considerarse en principio suficiente a nuestro propósito.

Y, a la luz de este mismo debate marxista acerca del desarrollo del capitalismo, no puede desde luego decirse que la cuestión de la ciudad esté lejos de sus preocupaciones o resulte mínimamente desatendida. El debate, exactamente, se abre con el tema de la ciudad y, aún más exactamente, con el tema de la ciudad, por el momento, se cierra. El primer capítulo de historia del libro de Dobb - antepone uno teórico sobre el concepto de capitalismo - responde al epígrafe de "La declinación del feudalismo y el crecimiento de las ciudades"; la última aportación recopilada al debate, debida a John Merrington, lleva por título el de "Ciudad y campo en la transición al capitalismo". En el año 46, entrar en la historia era introducirse en el capítulo de la ciudad; en el año 75, discutir la transición es debatir el tema de la ciudad.

La misma polémica, desde su primer y principal provocador, Paul Sweezy, ya se centra bastante en la cuestión de la ciudad, disintiendo fundamentalmente, y en nombre del marxismo, de la significación que Dobb le confiere en la historia del capitalismo. La posición de Sweezy sobre el particular era terminante, aunque, en honor de la verdad, ha de decirse que no lo era tanto, en cualquier otro sentido, la de Dobb; el mismo título de su primer capítulo, "La declinación del feudalismo y el crecimiento de las ciudades", podía resultar equívoco, o al menos desorientar acerca de su misma idea, por cuanto que puede parecer que con él se vinculaba la crisis del feudalismo con el auge de las ciudades, o éste correspondientemente con el desarrollo del capitalismo, cuando, precisamente, la posición de Dobb apuntaba en otra dirección, que provocaría el debate.

Dobb comenzaba por no ver una inequívoca relación entre dichos elementos, o no acababa de verla entre el crecimiento respectivo de las ciudades y del capitalismo, mientras que, en cambio, para Sweezy, ello ya debiera estar meridianamente claro en el seno del marxismo; para éste, si el feudalismo ha declinado, sería porque han nacido las ciudades;

\*Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Cádiz.

si el feudalismo ha entrado en crisis, sería porque se han desarrollado las ciudades; si el capitalismo ha aparecido, sería porque ahí estaban las ciudades. Las ciudades, para Sweezy, son el microcosmos del capitalismo, habiéndose en ellas gestado el mundo moderno. Dobb y Sweezy, y ambos desde posiciones confesadamente marxistas, diferían sobre esto seriamente.

El tema resulta polémico y en tales términos de contraposición de postura no fácilmente conciliables entra en debate durante todos estos años. Convendrá que, por nuestra parte, hagamos un alto, interrogándonos sobre las propias referencias de la misma polémica, o sobre sus referencias de sentido más teórico que son las que a nuestro actual propósito han de interesar. Naturalmente, dada la índole del debate, los contrincantes ante todo se remiten a Marx, discutiéndose ya su postura respecto al problema de la ciudad; citan a Marx, se refieren a Marx, alegan a Marx, intentan aclarar qué pensaba Marx. En la exposición de sus propias teorías, con todas sus dimensiones, se sitúan de principio junto a Marx, más no es la suya tampoco la única importante referencia intelectual de este debate, pues otra segunda se cruza, no menos decisiva de hecho para su mismo desenvolvimiento. Con Marx, como teórico, aparece un historiador; aparece, evidentemente, la profesión o la investigación histórica, pero aparece especialmente, con un alcance no menos teórico, un determinado historiador profesional: Henri Pirenne. Ya en el libro de Dobb abunda, y con solvencia, la alegación y la discusión de un buen conjunto de investigaciones, para su momento, sobre la historia de la ciudad, y ya, entre éstas, en él destaca la obra de Pirenne; ésta pasa a imperar cuando Sweezy suscita el debate, pues se apoya en ella de la forma más explícita: porque ha demostrado Pirenne, porque ya sabemos desde Pirenne... Las ideas de Sweezy sobre la ciudad son a un tiempo, a su entender, marxistas y pirenistas, alimentándose realmente más de Pirenne que de Marx, de forma que presume consecuen-te. Así entra definitivamente en el capítulo de las principales referencias de la polémica quien realmente era el máximo especialista, en su época, de historia de la ciudad; uno de los más afamados historiadores profesionales de la Europa del primer tercio de este siglo. Así había de plantearse, obviamente, el problema de su relación con Marx, dudosa cuando menos en principio por su mismo amarxismo, o por su misma ignorancia, como intelectual y como historiador, del marxismo, como al fin y al cabo era la regla en la alta cultura de su época.

No puede decirse que el mismo debate sirviese para clarificar estas relaciones, pero esto no debe servirnos a nosotros de excusa para eludir el problema. La obra histórica de Pirenne, historiador profesional, no marxista, para unos resultaba al menos conciliable con la teoría de Marx; el propio Dobb ya reseñaba algunas posiciones y aportaciones suyas como atendibles y aprovechables desde la misma óptica marxista. Para otros, como Sweezy, la historia que Pirenne representa casaba de modo más preciso con los planteamientos teóricos de Marx. Y tampoco faltarían quienes, como el mismo recopilador del debate, encontrasen

unas y otras posiciones llanamente incompatibles. Conviene, como decía, que hagamos un alto, considerando más directamente estas referencias del debate. Conviene que procuremos aclarar el panorama.

Introducidos en las líneas de referencias intelectuales más importantes que pueden actuar en el debate, creo en efecto que conviene dar marcha atrás y repasar los antecedentes. Si hay posiciones tan encontradas sobre la significación más primaria de la ciudad en la historia, como las de Dobb y de Sweezy, dos marxistas acreditados, y si, para su argumentación y defensa, coinciden no sólo en la valoración de la obra de Marx, sino también, aún ya en diversa medida, en la estimación de la de Pirenne, creo que debemos preguntarnos, del modo sumario que aquí puede haber, qué hay en Marx, qué hay en Pirenne, sobre este extremo de la ciudad, y hasta qué punto pueden éstos realmente resultar coincidentes, complementarios, conciliables, incompatibles o refractarios.

Respecto a Marx, referencia más obligada, pienso que ante todo debe decirse que, teniéndose en cuenta el conjunto de su obra, no cabe apreciar la formación de unas determinadas ideas respecto a la ciudad, o identificar en esto unos conceptos que puedan inequívocamente atribuirsele, o calificarse así más propiamente como marxistas. De hecho, las ideas que Marx pudiera abrigar sobre la ciudad cambian un tanto o lo largo de su obra, o evolucionan al menos bastante desde un primer momento en el que le otorga a su mismo tema muchísima importancia, y otro momento ulterior en el que la cuestión parece eclipsarse, despertando mucho menos su interés. El primer momento de mayor atención quedó entonces inédito, habiendo comenzado a conocerse sólo en este siglo, desde los años 30, cuando se ha iniciado la edición más completa de sus obras, pero conviene que no dejemos de registrarlos, por lo que pueda latir en sus mismas posiciones posteriores, más públicas o manifiestas, o para poder en su caso contrarstarlos con estas otras posiciones del mismo Marx.

El primer momento de especial valoración de la presencia de la ciudad en la historia y, en cuanto que se le conecta inmediatamente, de significación de su problema para la política, se contiene en "La ideología alemana", esto es, en la primera ocasión precisamente en la que Marx intenta diseñar una idea materialista de la historia. Aquí, y como elemento cardinal de esta historia materialista, Marx se ocupa de la separación entre ciudad y campo, concibiéndola como factor fundamental del desarrollo europeo en la medida en que supone división del trabajo, o por cuanto más precisamente dicha separación se identifica con esta misma división. Se aplica todavía un concepto muy elemental de división del trabajo, en este sentido.

Pero ello le sirve para representar el extremo que juzga esencial de la diversa base económica de la ciudad y del campo, como ámbitos sociales diferenciados en sus fundamentos materiales. Marx subraya, en "La ideología alemana", que ciudad, propiamente, es la medieval y moderna europea; que, en rigor ni la ciudad antigua ni la oriental lo son, en cuanto que económicamente no podían distinguirse

de su medio rural y no contaban con la base material para crear una dinámica distinta o provocar un proceso independiente al de la propia sociedad agraria. Esta ciudad europea desde la época medieval, o esta ciudad propiamente dicha, es para Marx el factor fundamental, al posibilitar la división del trabajo, de la misma historia.

Hasta tal punto lo ve entonces así que concibe el proyecto revolucionario conforme a estos mismos términos: la revolución ante todo habría de superar la separación de la ciudad y del campo, o vendría a definirse por esta misma superación. De la misma manera que una distinción más primaria de clases puede definirse sobre la idea de una división del trabajo que se identifica con dicha separación entre ciudad y campo, el momento del logro de una sociedad comunista casi podrá imaginarse como el momento de esta superación. "La abolición de la antítesis entre ciudad y campo -escribe Marx- es una de las primeras condiciones de la sociedad comunista, condición que depende a su vez de una masa de premisas materiales y que no es posible alcanzar por obra de la simple voluntad", y premisas que pueden precisamente conocerse por una historia de planteamiento materialista, necesaria así para el propio objetivo político de la revolución.

E, interesando así más comprometidamente la historia, Marx ya no se contenta con tales ideas más primarias sobre la evolución de la ciudad. Contemplando más de cerca la cuestión, Marx estima que la primera ciudad europea, la ciudad que ya lo es por su diversa base económica, respondía todavía a formas feudales de organización social, caracterizándose por un orden corporativo del artesanado y del comercio que tiende a reproducir la jerarquía representada por la nobleza y la iglesia en la sociedad rural o, entonces, en la sociedad sin más; su misma, diversa, economía aún se sometía a las formas sociales que en su época imperaban.

Según expone más detenidamente el tema en la misma "Ideología alemana", se trataría de una ciudad dominada por gremios y corporaciones que, por su misma autonomía, por la misma independencia que van logrando estas organizaciones feudales ciudadanas, ya pueden impulsar el desarrollo del capital comercial y financiero o, como entonces aún decía Marx, de un "capital estable" que no es todavía el "capital móvil" o industrial; no sólo éste, y no aquel, supondría ya una ruptura con el feudalismo. La primera ciudad se diferencia económicamente del campo mediante, fundamentalmente, las relaciones mercantiles, creando y extendiendo el mercado, pero conforme a medios aún feudales de organización social y, con ello, participando todavía realmente de un tipo de explotación con los sectores más propiamente feudales. Marx ahora subraya entre, por una parte, la iglesia, la nobleza y las ciudades, y, por otra parte, los campesinos o la generalidad del pueblo, todavía rural.

Insiste Marx, en todo caso, en que la contradicción histórica entre ciudad y campo es, de por sí, bien profunda, dada su misma base económica de tal contradicción. A partir de ello, en una fase ya

más avanzada, aún quedando siempre impreciso el cuadro cronológico, en la propia ciudad pueden surgir y desenvolverse las actividades económicas de la manufactura o de la industria propiamente dicha, esto es, según entonces conceptuaba, del "capital móvil" que ya no se adapta a formas feudales; de este modo ya puede identificarse una clase realmente burguesa en la ciudad, una clase potencialmente revolucionaria frente a las formas feudales anteriores de la misma ciudad y frente, en general, a las clases feudales. Esta clase burguesa que introduce el capital en la producción y no sólo en el comercio, es la que puede desarrollar nuevas formas económicas, políticas, de vida, de mentalidad, que ya conectan con el mundo contemporáneo, viniendo realmente a conformarlo desde el ámbito de la ciudad. No sólo la economía capitalista, "con la ciudad también aparece la necesidad de la administración, de la policía, de los impuestos, etc., en una palabra, del régimen público y de la política en general".

Mas no nos demoremos en este primer momento de figuración del sentido histórico del fenómeno de la ciudad por Marx; pasemos a otro momento, realmente más decisivo, de la formación del marxismo, cercano en el tiempo, pero ya diverso en el planteamiento de esta estricta cuestión. En el "Manifiesto comunista" pierde abiertamente relieve el tema de la separación entre ciudad y campo, tanto para la apreciación de las contradicciones económicas y sociales, como para la definición de la propia revolución. De suyo, en el "Manifiesto", esta cuestión, con todas sus implicaciones, incluidas las de carácter ecológico o de preocupación por la degradación social de la vida menos natural de las aglomeraciones urbanas, se remite a un tipo de socialismo que se repudia por considerarse utópico o sin base materialista en la propia ciencia histórica. Sería éste ya un tópico del socialismo utópico.

En el "Manifiesto" se declara la necesidad de medidas que puedan ayudar a ir superando la excesiva separación entre ciudad y campo, pero su cuestión ya no ocupa mínimamente el lugar que antes se le reservaba. En sí, el problema de la distinción entre ciudad y campo queda francamente marginado, más aún en relación con su anterior significación; la misma historia de la ciudad prácticamente, en sí, ya no interesa, aunque no deja de tocarse como elemento, y todavía con esto importante, de la historia de la burguesía como clase social. Y será ésta propiamente una historia mucho más simple, mucho más elemental, necesariamente más elemental por el mismo carácter del "Manifiesto", que la que hemos visto en "La ideología alemana". Aunque esto interesará menos que su composición de fondo respecto a nuestro punto concreto de la ciudad.

Ahora, en el "Manifiesto", desde la ciudad, y ya desde las ciudades medievales, la burguesía ha destruido las relaciones feudales; la burguesía desde siempre, desde que nace, desde que se constituye su medio urbano, desde las ciudades, ha sido una cuña que ha producido la quiebra del feudalismo y a través de la cual ha podido surgir todo el mundo moderno. De hecho, en el "Manifiesto", esta composición de fondo, como ya se ha hecho ver en

más de una ocasión, así en la obra del marxista oriental, que podría decir Anderson, Boris Porchnev, y en el debate que provocara, menos conocido pero más interesante que el que nos ha servido de punto de partida, su composición de fondo -como decía- responde bastante a la idea que la propia burguesía ya se había formado de su misma historia. La historia de la burguesía que se pergeña en el "Manifiesto" coincide en su paradigma con la historiografía liberal de la época, de mediados del siglo XIX, y en particular con la historia satisfecha del Tercer Estado que especialmente se desarrolló en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, con Guizot o, mejor aún, con Thierry.

Naturalmente que sus orientaciones difieren. La burguesía, y por ende desde sus orígenes la ciudad, ha gestado el mundo moderno, produciendo el mayor desarrollo existido en la historia o abriendo las mayores posibilidades nunca concebidas; las tintas, sobre esta composición común, podrán ya cargarse de diversa forma, más en positivo o más en negativo en lo que a la función y al destino de la misma clase burguesa pueda interesar, pero a nuestros efectos, lo que ante todo debe advertirse es la radical pérdida de matices en cuanto a la significación histórica de la ciudad que con ello puede producirse en el seno de lo que será el marxismo.

Pero ya es hora de que tratemos "El Capital" como obra fundamental, si no seguramente en la configuración del mismo marxismo, al menos indudablemente en los resultados de la labor intelectual de Marx. No es ya objeto de "El Capital" la historia, aunque no deja de contener capítulos históricos que, en todo caso, poca atención prestan a la ciudad, no recuperándose en ellos aquellos matices perdidos. Pero algún eco hay de las ideas anteriores; así, en el capítulo precisamente dedicado a la "División del trabajo", vuelve a afirmarse, como su fundamento, la separación entre ciudad y campo, añadiéndose: "Puede decirse que toda la historia económica de la sociedad se resume en la dinámica de esta contraposición, en la que aquí no vamos a entrar", y en la que efectivamente no entra; ya tiene un concepto más elaborado, intrínseco al propio proceso de producción, de la división del trabajo, y ésto es tan sólo un curioso vestigio de una idea ya abandonada.

Y tampoco falta el eco de aquella preocupación ecológica, por causa de las ciudades, que se abandonó al socialismo utópico; así, en el capítulo que versa sobre "Maquinaria y gran industria", la cuestión aparece, o aparece tal misma preocupación por lo que la división entre ciudad y campo pueda suponer, o ya estaba claramente suponiendo, para la sociedad y para el propio hombre como individuo; tratando de la gran industria, también se refiere a las correspondientes concentraciones humanas y a la ruptura que producen entre la sociedad y la naturaleza, y una naturaleza que anteriormente no había sido tan ajena al mismo fenómeno urbano. Pero es ya también, aún con apreciaciones más sustantivas, una cuestión de carácter incidental, definitivamente descabalgada de la posición que al principio, o en la primera ideación de su concepto materialista de la historia o de la ciencia social, se le había otorgado.

En fin, existe otro capítulo que, aún indirectamente, interesará más, en sí y por su utilización posterior, al problema de la ciudad; es el capítulo que trata de "La formación del capital comercial". No es tampoco exactamente un capítulo histórico, o que se enfrente como tal con alguna cuestión histórica; en él se plantea realmente el problema teórico, de implicación obviamente histórica, de la posibilidad de que determinadas formas de capital existan y se desarrollen sin capitalismo, o de que no requieran la base del capital industrial, el capital mercantil y el financiero, o usuario como más peyorativa, y más clásicamente, dice Marx; como formas de capital parasitarias, que no transforman además o no revolucionan de por sí la sociedad en la que se desenvuelven, tal posibilidad plenamente se acepta, haciéndose más en particular ver su realidad en el caso histórico del feudalismo europeo. La ciudad, como ámbito social de estas actividades más limitadamente capitalistas, pudiera así de nuevo encajar en un cuadro histórico más complejo, pero en ésto ahora ya no se interesa Marx.

Esto es lo que, en lo fundamental, se encuentra en la obra de Marx respecto a nuestra cuestión; no creo que haya mucho más. Incluso algunas publicaciones más monográficas sobre el marxismo y la ciudad, del tipo por ejemplo del libro de Henri Lefebvre, ni siquiera barajan todo este conjunto de indicaciones, entre otras no más expresivas; la misma preocupación ecológica por causa de la separación entre ciudad y naturaleza puede aparecer en la obra de madurez de Marx, más que en "El Capital", en sus manuscritos preparativos, luego también publicados, pero sin desarrollos tampoco más sustantivos. Por lo demás, dados los excelentes índices de materias de las ediciones canónicas de las obras de Marx, aparte ya su interés, tampoco tiene mucho mérito colacionar ulteriores pasajes o expresiones incidentales suyas sobre el tema.

Pasemos, que el tiempo corre, a la segunda referencia intelectual del marxismo que decíamos occidental, aún referencia en sí no marxista, en la cuestión histórica de la ciudad. ¿Qué hay en Pirenne, de teoría, sobre la ciudad? Bastante realmente, más en momentos que de historia. Por lo pronto, en el tema, Pirenne es más unidireccional que Marx; sus ideas sobre la ciudad se encuentran más formadas, desarrollándose más coherentemente, desde sus mismos presupuestos iniciales, en su obra histórica. Podemos, por ello, presentarlas sistemáticamente, según y como sobre todo se expresan en la especie de manual que las ha divulgado amplísimamente: "Las ciudades de la Edad Media", que fuera capítulo extraído de una investigación suya más extensa y especializada sobre las instituciones urbanas y que realmente viene a presentar más sintetizadamente sus ideas sobre la ciudad.

Pirenne también parte del concepto de que la ciudad es específicamente la ciudad europea, y lo es por producir o por basarse en una división del trabajo, término también de Pirenne, como no se ha dado en otros fenómenos urbanos, en la ciudad antigua o en la ciudad oriental; por esta misma división del trabajo, puede la ciudad en Europa constituirse como ámbito económica y socialmente

diferenciado de su mismo contexto rural. Y, según Pirenne, así ya lo hace desde sus mismos orígenes medievales; las ciudades se habrían fundado por una burguesía bien definida como clase profesionalmente dedicada a actividades económicas de signo capitalista, frente también al conjunto de la sociedad de su época.

Esta ciudad, insiste Pirenne, la ciudad europea que surge desde los siglos medievales, la ciudad que realmente merece su nombre, no debe nada a otros sectores sociales o a otras formas sociales que no sean las características, ya desde entonces, de la burguesía; no proceden, en concreto, las ciudades de núcleos anteriormente, y bajo otros principios, constituidos, como entonces pudieran serlo sobre todo los castros militares y las sedes episcopales, con su misma capacidad de generación de una vida social. Ha podido defenderse que algunas sedes episcopales, que ofrecen posibilidades de promoción social, o que más elementalmente brindan un refugio, como también algunos castros militares, por análogas razones a su modo, directamente evolucionaron en verdaderas ciudades pero la negativa de Pirenne a esta posibilidad resulta tajante. Ni las sedes episcopales ni los castros militares habrían podido producir ciudades.

Las ciudades ya habrían nacido al margen, extramuros de sedes y de castros; los burgos surgirían como verdaderos campamentos de mercaderes que, por dicho mismo tipo de razones, vendrían a establecerse junto a sedes y junto a castros, entre otros emplazamientos, pero literalmente en los extramuros, representando desde el comienzo relaciones o proyectos sociales radicalmente diversos a los feudales, eclesiásticos o militares, de la época. Un núcleo podría luego absorber al otro, pero el origen de la ciudad radicaría en el burgo mercantil, y no en la villa anterior. De esta forma, no le debería nada, como ciudad, al propio feudalismo en cuyo seno nació. Conquistada su autonomía fagocitada en su caso la misma villa tradicional, la ciudad podrá económica y socialmente imponerse, creando su mercado o expandiendo sus estilos burgueses y sus operaciones capitalistas.

Ni siquiera, según Pirenne, mercados periódicos, por lo común semanales, ni ferias más eventuales pudieron provocar el nacimiento de ciudades. Los mercados que forman ciudades lo eran permanentes; quienes establecen ciudades son mercaderes de profesión, sector social netamente diferenciado. Que obispos permitan o dispongan que en un lugar se celebren mercados en ciertos días, o que reyes o nobles favorezcan ferias en determinados centros de población y fechas del año, no tendría nada que ver con el nacimiento de las ciudades, o serían un factor absolutamente insuficiente a dicho efecto. Las ciudades, siempre para Pirenne, han nacido al margen de todos estos poderes sociales en cuanto que poderes de la época feudal, conteniendo desde sus comienzos los gérmenes bien distintos del capitalismo, siendo el verdadero núcleo del mundo moderno que, a partir de ellas o desde ellas, efectivamente se habría desarrollado.

No entenderíamos estas ideas tan terminantes, y toda su influencia, si no las situamos en las

perspectivas más amplias de la propia obra de Pirenne, puesto que, por decirlo así, tampoco en su caso son ideas que directamente se extraigan de la investigación histórica, aún contrastándose con ella, sino que en buena parte ya proceden o vienen a ser postuladas por el cuadro teórico y por las coordenadas políticas de la misma labor de Pirenne. Resumiendo al máximo, podemos decir que ésta se comprendía en una especie de círculos concéntricos: Europa, Bélgica, la ciudad; a estos tres objetos se consagra fundamentalmente su obra, confluyendo los dos extremos hacia el centro, la historia de la ciudad y la historia de Europa hacia la historia de Bélgica. La mitificación burguesa de la ciudad en la historia europea procede muy directamente de la necesidad de construir idealmente el sustrato histórico de una nación con especiales dificultades a dicho efecto; Bélgica habría existido en sus ciudades, representando los mismos principios sociales burgueses que en la nación se identificarían, antes de haber sido realmente un territorio o una comunidad definidos o de haber constituido un Estado independiente.

Adviértase que, aún no habiendo sido los dos únicos casos de auge histórico de la ciudad, es sobre todo en Italia, y entre los historiadores italianos, donde una mitificación análoga se ha desarrollado notabilísimamente; en una nación también con dificultades, aun diversas, de concepción histórica e igualmente con la base suficiente para que tal composición no se construyera sobre el vacío. Desde el siglo pasado, tras Carlo Cattaneo, puede venirse representando la ciudad como "principio ideal" y como "viscera vital", de lo más animico a lo más fisiológico, de la historia de la nación italiana. Sólo bajo estos supuestos culturales creo que puede entenderse que historiadores profesionales de la mayor solvencia y de la máxima autoridad pudieran imaginarse la historia de la ciudad como una verdadera unidad de destino de una clase transmutada en nación.

Y por lo dicho también podrá ya irse sospechando las razones del enorme éxito de esta idealización, y de su éxito, que es lo que aquí nos interesa, en los medios del marxismo. No debía desde luego nada, como ya decíamos, la construcción de Pirenne a obras o a ideas marxistas, pero conectaba precisamente, y de forma muy directa, con la fuente del paradigma histórico, si no indisputablemente del trabajo de Marx, sí de la composición de un texto de primera significación en la formación más doctrinaria del marxismo, como era, y quiso serlo, el "Manifiesto comunista". Ya no habrá de añadirse que nos referimos a la historiografía liberal del Tercer Estado, tan burguesa, sin tapujos, como nacionalista. Esta historia más profesional impone plenamente los supuestos teóricos que allí mejor se presentaban en su entidad política; el marxismo de matriz común podía perfectamente conectar con esta historiografía, solapándose posiciones. No es de extrañar que, en lo que interesa al marxismo de estos años, la regla de la historia la dicte la ciudad, siendo excepción el resto: "cuestión agraria" o "problema campesino".

Lograda, según espero, la perspectiva, volvamos al famoso debate de "La transición del feudalismo

al capitalismo". Ahora podrá explicarse por qué la exposición de Dobb resultaba tan insegura en lo que toca a la ciudad; realmente, nadaba contra corriente, y no sólo como marxista. Estimaba que, para el caso, debía de partirse del capítulo de "La formación del capital comercial", por cuanto que ofrecía los elementos teóricos para comprender la más compleja ubicación del problema del nacimiento de la ciudad en el seno del feudalismo europeo; como el propio comercio o las finanzas, no aparecería en los términos de contradicción social que luego podrían desarrollarse, o surgiría en unos términos de relación con la misma clase feudal establecida que luego podría realmente resentirse. Se trataría ante todo de superar prejuicios determinados por acontecimientos o realidades sólo posteriores.

Estimando ésto, no encontraba lógicamente apoyo ni en el marxismo más convencional ni en los convencionalismos de los propios historiadores. Ahora podrá entenderse la mayor seguridad de Sweezy: el marxismo y la historia le avalaban. Dobb hizo un esfuerzo notable por aprovechar la misma investigación existente para ir detectando tipos no burgueses de ciudades; ciudades muy vinculadas a la clase feudal a lo largo de su historia sin detrimento de su propio desarrollo; ciudades de fundación episcopal y aún, no menos desarrolladas, bajo gobierno igualmente episcopal durante un largo período de su existencia histórica; ciudades que, en fin, claramente escapan a la mitificación que había llevado Pirenne a su extremo, aún siguiéndose todavía apreciando, porque se aprovecha, su obra, o incluso alguno de sus conceptos más asimilables al propio marxismo, como el del conflicto entre clases, la división del trabajo o la significación del mercado, pese a su misma elementalidad que no deja con todo tampoco de pesar.

Sweezy también se muestra más desenvuelto frente a las propias servidumbres de la investigación histórica. No comprende el mismo esfuerzo de Dobb por encontrar ciudades episcopales, ciudades nobiliarias, ciudades que no puedan decir ser burguesas. Para Sweezy, si algo ha provocado la crisis del feudalismo, es el signo social de las ciudades europeas; si algo ha producido el nacimiento del capitalismo, es este fenómeno urbano; si en algún punto debe situarse la misma historia, éste es el de la ciudad. Dobb también se esforzaba por analizar una dinámica independiente o específica del sistema feudal, conforme a una contradicción de clases que no fuera tan sólo la de la burguesía y la nobleza o que tuviera en cuenta la clase entonces realmente explotada del campesinado, pero en todo ello tampoco encuentra la comprensión de un Sweezy que, aún con protestas de menor dominio del tema, habla en nombre del marxismo, o tal piensa. En los capítulos históricos también más elementales de "El Capital" proyecta a Pirenne.

No extrañará ahora que Hilton, más inclinado a las posiciones de Dobb y con su mayor competencia en la investigación histórica, pueda finalmente exclamar: "Ya es hora de que se abandone la interpretación de Pirenne". Va siendo hora de que nos olvidemos de Pirenne, ¿para volver a quién?. El último interviniente en el debate, en la recopilación

de Hilton, centrándose precisamente en nuestra cuestión según ya dijimos, parece pensar que para volver a Marx. A su obra retorna Merrington acudiendo también a las sugerencias de "La ideología alemana", con sus más burdas categorías económicas; exprimiendo sus expresiones, más allá de lo razonable, en algunos momentos, pero de la forma que al fin y al cabo no es inusual en el marxismo. En todo caso, ello ya le sirve para replantear bien las cosas: "El feudalismo fue el primer modo de producción en la historia que asignó un lugar estructuralmente autónomo a la producción urbana y al capital mercantil"; la ciudad europea es una creación de su determinado feudalismo.

Pero también Merrington conoce la investigación positiva y en ella fundamentalmente se apoya. No hay que volver a nadie; no hay atajos en la ciencia histórica. La ciudad habrá ante todo que estudiarse en su contexto social y en su función histórica, antes al menos que considerarla bajo la especie de un destino o reducirla desde sus orígenes, por alguna razón de naturaleza, a lo que en algún momento, si acaso en algún momento, ha podido representar; de ocuparnos su historia, debe de interesar ante todo el lugar estructural que la ciudad ocupara en el sistema social que le viera nacer. Para ello, habiéndose quedado sin desarrollo sus primeras sugerencias, poco podrá desde luego, por sí sólo, ayudar un retorno a Marx.

Salgamos del debate, que el tiempo urge; porque fuera nuestro punto de partida, no tiene por qué serlo el de llegada. ¿En qué términos se encuentra la cuestión en el ámbito más general de la historiografía? ¿Sigue aún ésta, como cierto marxismo, en Pirenne?. Nada, de suyo, más lejos de la realidad; aún siendo el de la formación de la ciudad uno de los tópicos que cuenta entre los historiadores con más teorías más o menos encontradas, actualmente, en la investigación más sustantiva, pueden apreciarse unas orientaciones o unos planteamientos, unas certezas o unos resultados, ya bien distantes o bien ajenos al mito histórico de la ciudad burguesa. Muy sumariamente, podemos considerarlo.

La burguesía, para la historia actual, ya no es la ciudad; no toda la burguesía histórica es urbana y, en la ciudad, no todo es burguesía en su clase dirigente. La burguesía es, si acaso, un sector social en buena parte ciudadano, y un sector social además no siempre dominante en las ciudades, tanto en la Edad Media como en la Moderna. Están, todavía, los señores feudales, no sólo ni predominantemente siempre rurales; está la nobleza y está la iglesia. No sólo se trata del patriciado, como burguesía oligárquica o nobleza local, como no sólo se trata de la burguesía, valga la expresión, todavía menos burguesa, tan sólo mercantil y financiera; se trata, más incisivamente, de que ni la clase feudal propiamente dicha es ajena entonces al comercio y las finanzas, ni la ciudad es un fenómeno histórico que surgiera a sus espaldas o escapando desde sus orígenes a su dominio; se trata, en fin, de que la misma burguesía de las ciudades no es con todo un cuerpo extraño al mismo entramado de la explotación feudal.

Las mismas ciudades más mitificadas no resultan

definitivamente las más burguesas; aquella relación tan directa que se había presumido entre las formas sociales, políticas, de vida, de mentalidad, etc., de la ciudad histórica y de la sociedad contemporánea no se confirma siquiera en el caso de las ciudades italianas y belgas; un repaso de la historiografía más reciente resultaría desde luego de lo más ilustrativo. Ciudad tan mitificada, por ejemplo, como Génova, resultará muy otra con las investigaciones de Jacques Heers o con las más limitadas, pero incidiendo aún más resueltamente en esta dirección crítica, de Vito Piervigovanni; resultará que en ella los mismos sectores burgueses se organizan y actúan, también para sus operaciones económicas, conforme a modos de raíz feudal, comenzando por la propia función política de sus vínculos y organizaciones familiares más o menos artificiales. No sólo es la cuestión de los gremios y de las corporaciones mercantiles; se trata de que la misma ciudad tanto política como económica de hecho se sustraía a las pautas tenidas por características de la burguesía y que sólo informarían a un mundo posterior.

Si la burguesía es menos burguesía, históricamente, también la ciudad será menos ciudad. La idea de que se significara la ciudad sobre su entorno rural, relacionándose con él o explotándolo tan sólo o esencialmente mediante el mercado, no ha resistido igualmente; este dominio capitalista no es el dominio histórico de la ciudad. Habrá ciudades de composición más feudal, más eclesiástica o más burguesa, pero, históricamente, son ciudades que, como ha dicho con su punto de exageración pero bastante expresivamente Braudel, deben de constituirse, precisamente para serlo, en cabezas, cuando menos, de "minúsculos imperios". Como ha escrito Marino Berengo, trazando un panorama de "La ciudad de Antiguo Régimen", el mercado no basta para caracterizarla, como no bastaba para sostenerla económicamente: "La ciudad era ante todo un centro administrativo y un lugar de consumo de la renta territorial", de la renta también feudal y eclesiástica.

No hay ciudades realmente desarrolladas en la historia europea que no fueran cabezas de "imperio" no sólo mercantil sino también, y aún más fundamentalmente, territorial; imponiéndose mediante la jurisdicción y el derecho fiscal; sosteniéndose más por la renta que por el beneficio; uniéndose al poder político, no necesariamente soberano, el dominio más propiamente territorial; disfrutando sus mismos linajes burgueses también, si no esencialmente, de estos poderes jurisdiccional, fiscal y dominical. Aquella autonomía corporativa típica de la ciudad histórica podía responder a estas mismas necesidades, o a estas circunstancias bien diversas a las que se presumen bajo el concepto burgués. Su misma base económica tampoco difería tanto de la de una explotación que puede decirse feudal.

O aún la misma estructura urbana puede ser

históricamente menos burguesa de lo supuesto, o, dicho de otra forma, la estructura actual de las ciudades no parece un mero resultado de su simple evolución histórica. Precisamente porque otra cosa se suponía, ha tardado en comenzarse a considerar, con toda su significación, la impronta nobiliaria y eclesiástica de las ciudades europeas; así como, por ejemplo, el dominio eclesiástico, en cuanto que feudal, se tenía por rural, su misma desaparición histórica se estudiaba como un fenómeno exclusivamente agrario, indiferente a la ciudad. Pero, como hoy ya puede plantear entre nosotros Monserat Moli, resulta que, menos de la historia, y más de la desamortización o nacionalización de estos dominios eclesiásticos, proceden sus plazas públicas que constituyen un centro, la comunicación de sus vías que la estructuran como una verdadera ciudad, y no ya como un conglomerado de barrios, sus edificios políticos bien situados para un gobierno político ya menos corporativo, o también sus acuartelamientos militares de posición no menos estratégica, al menos en el pasado siglo, para el orden de una ciudad, que no ya de un pueblo. En fin, tampoco tendría tanta raigambre histórica el mismo orden urbano de la ciudad burguesa; como tampoco cabe en fin estudiar históricamente sin estas presencias feudales la ciudad europea.

Más tampoco descubrimos nada. Un simposio se dedicaba en 1973 a "La formación de la ciudad industrial"; presentando sus papeles, que ya incidían en buena parte de las cuestiones indicadas, podía manifestar Alberto Caracciolo: "De la falsa perspectiva de muchos estudios medievalistas y protomodernos, dirigidos todos a indagar realidades ciudadanas, aún embrionarias, culturalmente próximas a nuestra civilización burguesa, ya se ha dicho bastante en estos años; ya ha debido reducirse el entusiasmo por el fenómeno comunal italiano, reconsiderarse lo tocante a las plazas flamencas y hanseáticas, casi ridiculizarse el mito de las repúblicas marineras; estamos finalmente recuperando el sentido de la profunda ruralidad de todo el mundo anterior al siglo XIX", o encardinando en esta más ajustada perspectiva, con todas sus implicaciones, la misma historia de la ciudad. Y expresiones de este tipo han podido desde entonces más aún multiplicarse. El tiempo manda, y no es el caso tampoco de que concluyamos con reiteraciones.

En fin, y ya definitivamente en fin, si todavía cierto marxismo anda cerca de Pirenne, la historia más bien se encuentra cerca de Marx, dicho sea con la pizca de exageración que permite la efemérides. Mas, precisamente por ella, nos interesaba la situación del marxismo, y no la de la ciencia histórica; no sé, realmente, si cabe sin ésta mucho marxismo, pero menos cabrá con el sucedáneo de unos mitos; y que, como pensaba el mismo Marx, ello comprometa además el futuro, ya es otro problema, que más merecería seguramente atención. Por esto también debo especialmente agradecer la que me han prestado. ■